

PREFACIO

por guy demerson

Rabelais se complacía en escribir los prólogos de sus novelas como si de textos publicitarios se tratase, enumerando las buenas razones que el futuro comprador tenía para adquirirlas. ¿Qué es lo que en nuestros días, querido lector del siglo XXI, le ha llevado a usted a escoger un libro firmado «Rabelais»?

Rabelais tiene, ante todo, la reputación de ser un autor cómico. No obstante y paradójicamente, su vida fue la de un escritor representativo de los humanistas de su tiempo. En el Renacimiento, el *humanista* es, en primer lugar, el adepto a las «*lettres humaines*», es decir a la cultura clásica antigua, en contraposición a la cultura a base de teología y escolástica que reinaba en la Edad Media. Para él, la tradición intelectual de la humanidad consiste en ese precioso legado que elaboraron las culturas más antiguas: quiere aprender de ellas cómo alcanzar el tipo ideal de individuo y cómo tender a la perfección de las relaciones humanas. Ahora bien, la novela cómica *Pantagruel*, que mezcla gigantes y farsantes, borrachos y cretinos, no parece expresar esa armonía, ese idealismo, esa dignidad. Otra paradoja, complementaria a las anteriores, radica en que el humanista reverencia las lenguas antiguas en su pureza, pues son el armonioso vehículo de un mensaje de orden y razón. Sin embargo, aunque es cierto que Rabelais era conocido y apreciado por sus contemporáneos a causa de su erudición y de sus escritos en latín e incluso en griego, su novela se erige en campeona de la lengua vulgar; en el prefacio del *Libro Quinto*, milita por la defensa e ilustración de la lengua francesa. Aún resulta

más paradójico el hecho de que los personajes más «rabelaisianos» cultiven la subversión del lenguaje, los razonamientos idiotas, los juegos de palabras ridículos, los borborigmos animales... cuando el *humanismo* magnifica ese privilegio del hombre que es el lenguaje, expresión del pensamiento y alma de la sociedad, y lo relaciona con el Logos, el Verbo creador del Cosmos y organizador del ritmo universal.

una obra cómica en la vida
de un humanista europeo

Reconstruir la entera biografía de François Rabelais equivaldría a penetrar en la historia del humanismo europeo de la primera mitad del siglo xvi. A pesar de las zonas de sombra que subsisten en su vida, los historiadores han sabido dibujar poco a poco la figura de quien fue tanto un testigo como un crítico de su tiempo. Como hombre político estuvo al servicio de los más influyentes representantes de la diplomacia francesa y fue un propagandista nacionalista hostil a la política europea del papado. Era considerado como uno de los más conspicuos médicos de Europa, además de ser un competente jurista. Las graciosas parodias de sus almanaques eran la obra de un filósofo en busca de la verdad, que aborrecía la presunción que supone escrutar los secretos de la Providencia. Como folklorista conocedor de las tradiciones locales, fiestas, ritos y dichos, detestaba las supersticiones que subsistían en la cultura popular. Lejos de moverse entre contradicciones y paradojas, como podría pensar un espíritu superficial a la vista de la compleja riqueza de sus opciones intelectuales y espirituales, el hombre Rabelais fue ante todo un humanista que sabía conjugar las sólidas tradiciones de la cultura antigua con los va-

lores del Evangelio; experto en las misteriosas pero fecundas ciencias de los números, poseía una inteligencia llena de curiosidad intelectual por la investigación científica, al tiempo que alarmada por los desórdenes que dejan prever las innovaciones técnicas en manos de cínicos materialistas. En él se reconoce a un teórico de la audaz pedagogía que pone la riqueza de la cultura clásica al servicio del desarrollo total del hombre, de su inteligencia asociada a la armonía de un cuerpo sano.

François Rabelais nació a finales del siglo xv, tal vez en 1483 o más probablemente en 1494. Su padre era abogado del rey en Chinon, en el corazón de la Francia, en el país del Loira, donde los reyes de Francia y los poderosos establecían sus castillos; poseía una propiedad rodeada de viñas, la Devinière, que será teatro de aventuras épicas en las novelas de su hijo. Una carta al célebre Guillaume Budé nos informa a un tiempo de que, en 1521, Rabelais era hermano menor franciscano y de que, entusiasmado por el progreso imparable del humanismo europeo, se consagraba al estudio de las lenguas antiguas. Con ese nuevo espíritu aborda los estudios de derecho: frecuenta un círculo de cultos magistrados adeptos a los nuevos métodos; escribe un texto en versos griegos introductorio a un tratado que, fundándose en el derecho romano, defiende la tesis de la inferioridad de la mujer en el contrato matrimonial, en oposición al *consensus* igualitario que el derecho canónico establece. Pero la Sorbona, enfrentada a la crisis luterana, prohíbe el estudio del griego, que favorece la interpretación personal del Nuevo Testamento y, como consecuencia, sus superiores confiscan sus libros a Rabelais, quien obtiene autorización para pasar a la orden de los benedictinos, más abiertos que los franciscanos a la evolución cultural. Tras entrar al servicio de un prelado ilustrado, lo acompaña en sus giras

episcopales, lo que le da ocasión de interesarse por las leyendas y los dichos de la región de Poitou, es decir, por las tradiciones locales de un folklore aún pagano.

Paralelamente, prosigue sus trabajos de filólogo. En una carta dirigida a Erasmo, padre del humanismo europeo, firma *Franciscus Rabelæsus medicus*, lo que muestra que ha estudiado medicina y completado así, con la ciencia de los cuerpos, una visión total del hombre, de su espíritu, de su lenguaje. Efectivamente, en 1530 está matriculado en la prestigiosa Facultad de Medicina de Montpellier; el año siguiente imparte un curso práctico alimentado por lecturas de la tradición antigua. Pronto editará a Hipócrates y a Galeno, en formato de bolsillo, para uso de estudiantes. Dado que no se puede ejercer la medicina en el marco de la institución monástica, se ve obligado a secularizarse, sin por eso abandonar su condición de eclesiástico. De 1532 a 1535, es médico en el Hospital de Lyon, a partir de cuyos archivos se han podido establecer estadísticas que demuestran que la tasa de mortalidad bajó sensiblemente durante su estancia allí. En Lyon preside una pública lección de disección del cadáver de un ahorcado. Pero no se limita a dejar la impronta de su personalidad en los hospitales de esa ciudad. Lyon era un núcleo de erudición humanista y de creación poética, y Rabelais despliega allí una gran actividad en los círculos de las gentes de letras, especialmente entre los impresores. Por entonces publica una *Pantagrueline Pronostication*, sátira que parodia los horóscopos populares que tienen la sacrílega pretensión de sondear la voluntad de Dios.

El título de ese opúsculo se explica en relación con *Pantagruel*, que edita en la misma época. Pero esa novela, otra parodia de las creaciones populares, está dotada de muy otra fuerza literaria y de una amplitud de miras propia del humanismo: el libro se presenta como una continuación de

las *Chroniques gargantuines*, epopeyas novelescas de apariencia popular sutilmente reorientadas al servicio de la política europea de la monarquía francesa; esos textos presentaban al folklórico gigante Gargantúa asociándolo de manera burda con las novelas del ciclo artúrico. Bajo el seudónimo de Alcofribas Nasier, Rabelais se complace en atribuir a Gargantúa un hijo maliciosamente bautizado Pantagrue, nombre de un diablillo encargado de castigar a los borrachos infligiéndoles la sed del diablo; el gigante homónimo sabrá utilizar ese poder no sólo para excitar la sed de los malos sino, sobre todo, para fomentar una deliciosa sed entre sus amigos.

En torno a Pantagrue se constituye un grupo de amigos que no cultiva la melancolía, que afronta como un solo hombre los azares de la existencia y las aventuras guerreras sin dejar por eso de charlar alegremente. Ese universo abunda en personajes, siempre pintorescos, incluso cuando son nocivos. En el centro, Rabelais ha colocado al «gentil compañero» de Pantagrue, el truculento Panurgo, quien, inspirado en el Ulises homérico de las mil astucias e incluso en Hermes, dios de los bribones y de la elocuencia, pero sobre todo en los pícaros europeos como Till Ulenspiegel o el Cingar de Folengo, da rienda suelta a sus instintos sexuales y agresivos adornándolos con una guasa que aturde, así como con asombrosas ocurrencias. Panurgo se desenvuelve con igual soltura entre los profesores de la Sorbona, con las mujeres de París o en una guerra «sutilmente» conducida contra los gigantes primitivos, torpes y bestiales, al mando de su capitán Coco.

Bajo la apariencia de una desenfadada epopeya cómica, la novela es, en realidad, un libro humanista, una sátira erasmista de las supersticiones del vulgo y de la estupidez de los teólogos que culmina en una vasta reflexión sobre el

saber, la creencia y la certeza. Numerosos episodios ponen de relieve el enorme absurdo de razonamientos fundados en una lógica falsaria o en una autoridad abusiva en todos los campos: jurídico, histórico, político, moral y finalmente religioso. Más aún que la impericia de inquietantes maestros o que la perversidad de los usurpadores, lo que se estigmatiza es la ingenua credulidad de sus adeptos. El mensaje en el que Gargantúa da a su hijo un programa pedagógico explícitamente humanista aporta una advertencia contra esos «abusos y vanidades», y orienta al alumno hacia una educación fundada en sólidos valores intelectuales, morales y espirituales. En el seno de la descomunal batalla que opone sus hombres a monstruos llegados de lo más profundo de una pesadilla, Pantagruel pronuncia una elocuente oración que confiere un sentido militante a su acción: se encomienda al Todopoderoso para defender su familia y su patria, y hace voto de predicar el Evangelio en su pureza y oponerse así a una pléyade de impostores.

Nada más aparecer, el *Pantagruel* obtuvo un enorme éxito; su vis cómica se impuso por su novedad, pero su mensaje humanista, astutamente encriptado, no resultó evidente para las mentalidades serias, desconcertadas por aquella chunga tan populachera. La Facultad de Teología, desconfiada, lo condenó so pretexto de obscenidad. En octubre de 1534, los adversarios de la misa católica colgaron hasta en los apartamentos del rey un libelo provocador; aquel acto insolente, «*L'affaire des Placards*», desencadenó la represión: el movimiento de reforma religiosa ilustrado por el humanismo, que hasta entonces había sido bien visto por el poder, resultó amenazado. En ese difícil periodo para los escritores aparece *Gargantúa*, también bajo el seudónimo de Alcofribas. Las aventuras del padre, el gigante Gargantúa, se publican tras la historia de su hijo, Pantagruel;

ese segundo libro, *Gargantúa*, acabará siendo el tomo i de la saga de novelas que, con los años, va a constituirse. En una primera lectura, la composición de esta novela, parodia de las novelas de caballería, no difiere de la de *Pantagruel*, pero los episodios están más desarrollados y la sátira aparece con mayor claridad. El prodigioso nacimiento del héroe prelude una infancia no menos rústica. Una tosca y hueca pedagogía a la moda de los escolásticos vuelve al pequeño gigante loco, necio y atontado: el desconocimiento de los valores humanistas destruye en él la figura humana, come en la escudilla de los perritos y se revuelca en su propia porquería. Su maravillosa inteligencia no produce otra cosa que la invención de un voluptuoso limpiaculos.

Ante eso, su padre lo confía a un educador humanista, Ponócrates, quien lo somete a una disciplina intelectual, física y religiosa cuyo ritmo hace suponer que la duración del día era gigantescamente extensible. Esa educación hará de él un guerrero consumado y un príncipe pacífico, cuando ponga sus cualidades al servicio de la lucha contra un invasor vehementemente belicoso, Picrocholo. En ese trance lo asiste un monje audaz y truculento, el hermano Juan de los Chirlos, a quien recompensará creando para él la abadía de Telema, organizada de manera opuesta a todas las otras abadías, pues su divisa es «Haz lo que quieras». Al contrario de lo que ocurre en tantas instituciones donde reina la ignorancia, se trata de una utopía imbuida de la cultura renacentista.

El *Gargantúa* explota el éxito de *Pantagruel*, pero Rabelais hace aquí que el mensaje humanista aparezca de manera más explícita. El clima es diferente, menos arcaizante, de apariencia menos popular. El arte es más meditado, las intenciones reformadoras son más evidentes. En la obra precedente, la sátira de los añejos métodos escolares ocupaba

ocho capítulos, la nueva novela le consagra tres veces más; en *Pantagruel*, la carta de Gargantúa bosqueja, a grandes rasgos, el marco de una educación humanista, mientras que el *Gargantúa* expone minuciosamente un programa de reforma pedagógica que el héroe experimenta ante los ojos del lector. Ciertamente las bromas del hermano Juan, como las de Panurgo, traspasan los límites de la decencia, pero sus chanzas no caen en la cínica deshonestidad. La guerra contra Picrocholo ya no tiene la apariencia de una fantasía surrealista, y el tamaño de los gigantes es más un detalle divertido que un factor que cuente para la victoria; la defensa nacional se percibe ahora como una causa seria, los consejeros de los reyes son sabios o locos, pero han dejado de ser maliciosos guasones; Gargantúa critica el marcial frenesí del hermano Juan matando enemigos como moscas: «Según la auténtica disciplina militar, nunca hay que reducir al enemigo a la desesperación» (*Gargantúa*, capítulo xliii).

Muchas alusiones a la política europea de la época se refieren a las posiciones de la monarquía francesa. Los ancestros de los gigantes son reyes de Francia. El rey Gargantúa desea, como Francia, la conciliación de las diferentes iglesias cristianas en Europa; quiere tranquilizar a sus aliados luteranos alemanes e incluso aliarse con los cantones suizos. Ese tono pacifista es el que impregnaba la propaganda francesa que se difundía para que llegase a la opinión europea. La megalómana locura de Picrocholo es claramente un diagnóstico de la inhumanidad de Carlos V. En dos ocasiones se recuerda la dureza de aquel soberano católico, que encarceló en España a los infantes de Francia y exigió rescate por ellos; su expansionismo, sus proyectos de desembarcar en Túnez, así como los peligros del aumento de su influencia son un eco de los inquietos análisis que Rabelais hace en su correspondencia.